

Libros del Asteroide 

Alessandro Piperno

Aire de familia

Traducción de Carlos Gumpert



Índice

¡Quisquillosos del mundo, uníos!	13
<i>Funeral party</i>	51
De mal en peor	109
En la guarida de Alcestris	151
La fiesta de las luces (y de las sombras)	215
Una herencia disputada	285
A la espera de días mejores	341
Amables remordimientos	397

¡Quisquillosos del mundo, uníos!

Libros del Asteroide

Pasados los cincuenta, es tanta la gente que empieza a morirse a tu alrededor que en un momento dado dejas de prestar excesiva atención.

La lástima fue que, esta vez, quien había estirado la pata no era el carcamal olvidado de turno, sino la chica que había compartido conmigo el último pupitre a la izquierda en el instituto (y, si aún se me consiente decirlo, algo más gratificante y licencioso). De mis compañeros de bachillerato, Veronica Gentileschi era la primera en alcanzar su fecha de caducidad.

Fue Federico Montenuovo quien me informó de la desgracia. Su voz afable y melodiosa había roto un hechizo que duraba treinta años: el tiempo que había transcurrido desde la última vez que la había escuchado.

El funeral se celebraría al día siguiente por la tarde en una iglesia de piazza del Popolo, no lejos de la casa donde Veronica y su pareja habían criado a tres hijas, un par de periquitos y un grupo de perritos piadosamente rescatados de la calle.

Federico hablaba del funeral de Veronica Gentileschi como en otros tiempos habría hablado de la fiesta de Myrta Messori en el Open Gate: una cita imperdible. Por eso, aunque descartaba asistir, titubeé al dejárselo claro. Una reticencia que le indujo a remachar: «Por cierto, después del funeral nos re-

uniremos todos en mi casa. Nada lúgubre, solo un reencuentro».

«¿No somos demasiado viejos para la película de Kasdan?»
«Habla por ti, profe», y se dejó llevar por esa risa que, ya de niño, a mí me parecía hecha a propósito para aplacar dudas y sanar disputas.

Libros del Asteroide

La llamada de Federico me había llegado una tarde justo antes de las vacaciones de Navidad, mientras entraba en mi despacho de la universidad seguido de cerca por las angustias de los últimos tiempos.

Aunque las clases ya habían terminado y para los exámenes aún quedaba tiempo, me hallaba allí a causa de un asunto desagradable: me había convocado la Comisión paritaria de la universidad. Aunque estuviera razonablemente seguro de que se trataba de un malentendido, la situación me había afectado lo suficiente como para impulsarme a llamar al director del departamento.

Zoólogo reconvertido en humanista y sindicalista veterano, Valerio Sartori no era el típico catedrático a la vieja usanza. Dotado de la firmeza necesaria para domar a las raras fieras de nuestro circo, cuando envainaba el látigo sabía mostrarse acogedor y comprensivo. Y, en cualquier caso, no había ningún chisme ni asunto entre bastidores del que no estuviera al tanto, ni ningún problema que no pudiera resolver con una llamada telefónica al despacho adecuado.

- Acaba de avisarme el rector. Estaba a punto de llamarte.
- ¿Qué diablos es eso de la Comisión paritaria?
- ¿Me creerás si te digo que no tengo ni la menor idea? ¡Dios

mío, cada día aparece una comisión nueva, como en la Unión Soviética!

— ¿Sabrías decirme por lo menos qué quieren de mí?

— Hablar contigo. No sé nada más. Si quieres te acompaño, como apoyo moral al menos.

— No es necesario, gracias.

— Quiero que quede claro, y así se lo he hecho saber al Magnífico. Pase lo que pase, y ya verás que no es nada, el departamento está contigo.

— ¿Qué pasa si no me presento? — le lancé como provocación.

— Podrían imponerte una sanción.

— ¡Nada menos!

— Bueno, hacer caso omiso de una citación formal puede abrir la puerta al procedimiento de amonestación, la antesala del despido. En definitiva, mi consejo es que te lo tomes con filosofía, te presentes y les dejes desahogarse.

Por mucho que nunca deje de sorprenderme, ganarse la vida escribiendo te expone a un consecuente nivel de popularidad: con todas las molestias que acarrea la fama pero sin sus privilegios. Al pensar en el uso que podría llegar a hacerse de mi expulsión de la universidad por motivos disciplinarios sentí un amargo sabor en la boca.

— Calma y sangre fría. Será la farsa habitual con la que estas comisiones justifican su existencia. Queda por ver si tienen algún as en la manga.

Solo entonces me di cuenta de que había pasado por alto la cuestión esencial. Evidentemente, mi aversión hacia los organismos de esa clase — llamados a evaluar la conducta de los docentes y, en caso de abuso, a sancionarla — se había superpuesto a todo lo demás. Seguramente en la raíz de ese follón debía de haber un comportamiento lo suficientemente deplorable como para merecer una denuncia anónima.

Sí, pero ¿a propósito o en nombre de quién?

Me estrujé el cerebro, pasé revista al último año de clases, exá-

menes, horas de tutoría, sesiones de graduación... Nada, no podía recordar ni una sola ocasión en la que me hubiera expresado de forma inapropiada, ni una disputa en la que hubiera sido protagonista.

Quizá fuera una coincidencia, pero este lío me caía encima en un momento en el que había perdido el interés por la enseñanza, y desgraciadamente no solo eso.

Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que desmontar una obra maestra literaria, pasaje por pasaje, delante de una poblada aula de estudiantes de primer año me parecía no solo un delicioso privilegio, sino también una misión de importancia solo inmediatamente inferior al sueño de abrirme camino en el mundo de la literatura.

Debía de tener veinticinco años cuando mi Maestro me confió un seminario para estudiantes de último año. Recién salido del doctorado, consumiéndome en un sagrado furor intelectual, arrastraba a mis espaldas —a causa de diversas circunstancias desfavorables— un par de existencias malogradas, ninguna de las cuales, siendo honesto, era para sentirse orgulloso.

Mi madre había muerto: asesinada tal vez, o tal vez no. Mi padre se había pasado buena parte de su vida adulta en la cárcel, probablemente de forma injusta. La persona que se había hecho cargo de mi educación era un tío rico y bien intencionado, pero completamente incapaz de comprenderme y refrenarme. Mientras tanto, la única chica a la que había amado se había mudado a Israel, y la tribu de esnobs privilegiados en la que había encontrado refugio me había condenado al ostracismo.

Habiendo tocado fondo, tuve la oportunidad, negada a la mayoría de mis coetáneos, de adaptar mis ambiciones a una nueva vida.

Con la prima del seguro de mi madre había comprado un ático en Banchi Vecchi: el refugio perfecto en el que pasar noches en blanco tomando dosis masivas de caféina y preparándome los cursos inmerso en un trabajo frenético pero vigorizante. El aroma del amanecer, el sonido de las tórtolas, la ducha caliente, la

sensación de cansancio, de excitación, de euforia que sentía al subirme al escúter, anticipando el momento en el que daría rienda suelta a todo mi amor por los clásicos franceses. Mitad rabino, mitad sacerdote, así me sentía: intérprete de la palabra artística y al mismo tiempo intermediario entre la literatura universal y muchas mentes jóvenes y sedientas. Como es lógico, no todas las clases salen a la perfección. Pero algunas sí, y os aseguro que cuando eso sucede no ves el momento de que vuelva a suceder.

¿Y ahora qué? ¿Qué había sido del afán de compartir, de la voluntad de seducir, del sueño de ganar prosélitos para la causa? A estas alturas estrujarse el cerebro para hacer inteligible un verso de Mallarmé ya no era un desafío electrizante, sino un tormento. Si perder la pasión por el trabajo era un delito, entonces sí, merecía ser puesto en la picota.

Para entendernos: no le habría dado tantas vueltas al asunto si mi desamor por la enseñanza no hubiera ido acompañado de una alarmante náusea frente a la escritura. Más de treinta años después de la publicación de mi primer cuento en una revista, se podría decir de todo excepto que lo que había entre la escritura y yo se pareciera a una luna de miel. Como ocurre en cualquier relación conyugal había más bajos que altos. Pero no hasta el punto de hacer plausible el divorcio. Por lo menos hasta hacía poco, cuando —tras el lanzamiento del último libro, seguido por una desastrosa gira promocional— las cosas comenzaron a tomar un cariz desfavorable y desalentador. De un día para otro, y sin razón alguna, las motivaciones que durante décadas me habían empujado a madrugones y maratones desquiciantes ante el ordenador habían desaparecido. De repente me sentía agotado, sin voz, carente de estímulos, como un artista al final de su carrera; y por ello más próximo a la muerte de lo que nunca había estado. Nada dramático si —como el viudo que se descubre enamorado de su esposa una hora después de enterrarla— no me hubiera encontrado ante la evidencia de que, sin el trabajo del que a esas alturas me sentía incapaz, la vida se había vaciado

de belleza y de propósito. Mientras tanto, y dicho sea totalmente de paso, mis colaboraciones en el *Corriere della Sera* también se habían reducido drásticamente. Convencido de que tener una opinión sobre todo equivalía a no tener ninguna, prefería abstenerme. Sin deseos, con la vanidad por los suelos, parecía increíble que hasta hacía pocos meses el comentario que más me complacía en boca de los demás fuera: «¡No podía dejar de leerte!».

Como es natural, me guardé mucho de informar al diligente director del departamento del estado de postración en que se encontraba mi musa y de la desesperación a la que esa aridez me había arrojado. Era más que evidente que, en esas circunstancias concretas, tanto él como yo teníamos otras cosas en las que pensar.

—Si quieres el consejo de un viejo tarado, mantén la calma y pon buena cara al mal tiempo. No vayas a pensar que quieren jorobarte, solo mostrarse odiosos. Y sabe el cielo lo bien que se les da eso.

En definitiva ¿qué hacer? ¿Someterme a la humillación que estaba a punto de serme infligida o decirles a todos que se fueran a tomar por culo?